

PERSONAJE

"La vida me ha dado tanto"

El día que cumplió siete años, Haydée Schtirbu Vainstein se encontró con un colorido pastel y un grupo de tías bulliciosas: "¡Que pida un deseo! ¡Haydecita, antes de apagar las velas pide un deseo!".

La niña cerró los ojos en busca de silencio interior y concentración. Cuando los abrió, dos segundos más tarde, escuchó nuevamente las voces a coro: "¡Que lo diga! ¡Que diga cuál fue su deseo!".

Tres palabras pronunció entonces la pequeña: "Quiero ser feliz". Así, a secas... Y por alcanzar ese ideal ha luchado toda su vida.

Años después de aquel minuto dorado de su infancia, al que precedieron y sucedieron muchos otros tan emotivos como ese, Haydée De Lev hace suyas las palabras de Violeta Parra cuando canta "Gracias a la vida que me ha dado tanto".

Dedicada por completo a la preparación de su próximo espectáculo "Y tan tango" -un sueño de años que finalmente se hará realidad con la ayuda del bailarín y coreógrafo Cecilio Casas y del pianista José Valotta-, la actriz se hizo nuestra cómplice para robarle un par de horas a su ajetreada agenda del pasado 5 de abril.

Avanzada la tarde, esta mujer esbelta y sonriente, cuidadosamente maquillada y vestida con un traje de color naranja, bajó del dormitorio y nos recibió en la sala de su casa -en Sabana Norte- dispuesta a hablar de su niñez, su carrera, la familia, sus temores, ilusiones y creencias.

Poco duró la conversación con aquel vestido pues, la verdad, no acostumbra ataviarse así para sus ensayos; tampoco para las clases de dicción que imparte una vez por semana.

Luego de hacerle unas cuantas fotografías se levantó de súbito y caminó decidida hacia la otra habitación. "Ya vuelvo. Voy a salir de esta horrenda prisión", manifestó poco después de pedirle a "Nayi"



Haydée atesora cantidad de fotos de su infancia en Argentina, cuando apenas comenzaba a probar los sabores de la vida.

Mucho antes de debutar en la obra "El luto robado", Haydée De Lev tenía ya pasta de actriz. Su infancia fue un derroche de imaginación; su adolescencia, una batalla por amor al arte, y su vida adulta, la coyuntura para realizarse en lo que más ha amado: el teatro.



-su mano derecha en la casa- una pastilla contra la jaqueca, padecimiento que la persigue a menudo.

Regresó envuelta en una tela fresca estampada de flores y, al parecer, la primavera

de su atuendo la transportó hasta el Mar del Plata y Villa Gessel, playas donde solía ir cuando niña, y a la provincia argentina de Córdoba, sitio en que los ríos, lagos y montañas se conjugan para seducir al visitante.

Esos fueron los escenarios favoritos de su infancia, los lugares en que Haydée dejó volar la imaginación y aprendió a amar las flores.

"Siempre fueron mi adoración; de pequeña las dibujaba y ahora, con la ayuda de 'Nayi', quien posee una mano mágica para las plantas, tengo un jardín precioso repleto de colores", afirmó orgullosa.

Toneladas de imaginación

Los recuerdos de su niñez en Buenos Aires, donde nació, son tan floridos como los pajaros por los que corrió.

"Crecí en medio de un gran derroche imaginativo. No tenía muchos juguetes, pero sí toneladas de imaginación. Todos mis juegos eran representaciones y cada tarde inventaba un argumento diferente. Mi hermana Lydia se arrogaba siempre el derecho de hacer el personaje principal de nuestras historias, y yo hacía todos los demás. Si ella era la princesa, yo era el rey, la reina, el príncipe, el pueblo, los caballos, los perros, las gallinas... todo. Y no sé cómo lo hacía, pero representaba a cada uno de los personajes. Por eso mamá decía que yo fui actriz toda la vida".

Vino al mundo en el seno de una familia de clase media -el padre de ascendencia rumaniana y la madre de origen judío- y se crió al lado de dos hermanos y una hermana dos años mayor que ella, con quien actualmente mantiene una relación muy estrecha. "Es mi confidente y, más de una vez, hasta una especie de madre. Nos visitamos con frecuencia y nos hablamos por teléfono al menos dos veces por día".

Mientras Lydia dejó Argen-

**Larissa
Minsky
Acosta**

PERSONAJE

tina tras la muerte de sus padres y se trasladó a Costa Rica, el mayor de los hermanos -hoy un técnico textil vive en Inglaterra, y el otro, quien es médico, radica todavía en su tierra natal. Con ellos tiene menos contacto, una carta o un telefonema esporádico por ahí.

De pequeña, Haydée combinaba sus representaciones con juegos tradicionales como las muñecas. De hecho, dormía con ocho y velaba permanentemente por que no se descubieran. Ellas fueron testigo de la forma en que, noche a noche, devoraba entusiasmada los libros de Julio Verne y otros novelistas de ciencia ficción y aventura.

Desde entonces -a los 10 u 11 años- era una excelente lectora, cualidad que heredó de sus padres y conserva hasta la fecha. Da testimonio de ello la habitación ubicada en el nivel más alto de su casa, donde hay una cálida biblioteca de paredes de madera con más de mil volúmenes cuidadosamente ordenados según tema y autor.

"También era buena para el fútbol, aunque llegué a odiarlo porque mi padre nos obligaba a asistir todos los

domingos a la cancha de River Plate, así lloviera o nevara".

Cuando se pusieron de moda las muñecas de papel, Haydée debió limitarse a jugar con algunas prestadas pues, debido a su alto precio, carecía de una propia. No obstante, fue nombrada "modista" por sus compañeras; creaba novedosos diseños de papel que pintaba con flores, pájaros u otros motivos y, como paga, le permitían vestir y desvestir una sola vez a una muñeca durante el recreo.

Luego tocó a la puerta la "fiebre" del cine y las dos hermanas se vieron pronto atrapadas en sus redes. Con frecuencia se les veía entrar en el local a las 2 p.m. y salir a las 8 p.m. Armada cada una con dos *sandwiches* y una manzana, miraban tres películas seguidas y regresaban luego a su casa, que quedaba a dos cuadras del edificio.

"Al regresar, me ponía a hacer la tarea de la escuela, porque fui noctámbula desde niña y nunca me dormía antes de la medianoche."

Eterna coquetería

La diva se puso nueva-

mente los anteojos -que se había quitado al principio de la entrevista para las fotografías- y aseguró estar más cómoda así. "Lo que pasa es que soy coqueta, muy coqueta, y sé que me veo mejor sin ellos".

Y fue coqueta desde que balbuceó sus primeros sonidos, dio sus primeros pasos y subió por primera vez a un escenario, siendo una niña de escasos tres años.

"Participé en la coreografía de la invitación al vals de Weber durante un festival en la escuela de mi hermana y descubrí cuán bien me sentía en ese ambiente. Estaba feliz cuando la gente aplaudió y me daba inmensa satisfacción que mis padres estuvieran tan orgullosos", recordó sonriente.

De ocho años, experimentó nuevamente esa sensación mezclada de placer y comodidad cuando le confiaron la dirección de una orquesta infantil en la Escuela Normal #1, centro educativo de niñas de clase alta al que la trasladaron sus padres en tercer grado. Fue tal su disconformidad por el cambio que la alumna ejemplar de primero y segundo grado se convirtió en una estudiante mediocre que sólo destacaba en asignaturas de tinte artístico: música, artes plásticas, literatura e idiomas.

En primer año de secundaria todo parecía indicar que "Haydecita" seguiría la tradición familiar y sería una maestra como su hermana, expectativa que se truncó dos años después, cuando aquel ambiente empezó a ahogarla y se dispuso a buscar otras opciones.

"En esa época, me analizó un señor del colegio que sabía de orientación vocacional lo que yo de sánscrito, y dijo a mis padres que yo carecía de habilidades para lo artístico. Por su culpa, me obligaron a permanecer en esa casa de enseñanza estudiando matemática y otras materias que aborrecía y me prohibieron estudiar escultura, que era lo que yo quería."

Tuvo que presentar exámenes de convocatoria al finalizar ese curso lectivo, pero sólo lo hizo una vez. No estaba dispuesta a respetar aquella situación por más tiempo y, con la furia paterna a sus espaldas, se matri-



Manuel Vega / La Nación

De cada uno de sus viajes al exterior, la actriz conserva algún adorno curioso. Todos tienen un sitio especial en este cálido rincón de su casa.

culó en una escuela de cerámica de Buenos Aires, de la que obtuvo luego el bachillerato.

Entonces lo ignoraba, pero tal confrontación familiar fue de algún modo, vaticinio de la censura posterior que le prodigarían muchos en Costa Rica, cuando la vida de las tablas se convirtiera en su hábitat y delirio.

Si bien su padre le dio el consentimiento para que realizara presentaciones esporádicas como modelo de pasarela, también le prohibió unirse a un grupo de teatro en Buenos Aires, pese a que ella y una amiga fueron las únicas escogidas entre seis aspirantes que acudieron a la prueba. Sufrió a raudales ese día de 1954.

Rumbo a Costa Rica

Por ese tiempo, conoció a su primer y único novio, Jorge Lev, un joven costarricense que estaba estudiando medicina en Argentina. Mantuvieron una relación de tres años, luego de los

Pasa a la Pág. 12



Manuel Vega / La Nación

"Claro que soy coqueta, muy coqueta."

PERSONAJE

Si alguien me preguntara que me gustaría ser si naciera nuevamente, le diría sin titubeos que **mujer y actriz**", sostiene enfática Haydée De Lev, tras afirmar que ama las dos condiciones pese a los revases que ha tenido en la vida.

Se sobrecogió y no ocultó el sentimiento que la embarga cuando recuerda aquel minuto mágico en que descubrió una verdad que la trasladaría muy lejos del anonimato.

Tuvo esa revelación en 1962, mientras hacía una prueba en el escenario para la obra "Los Alkméonidas" de Alfredo Sancho.

Antes de eso, sólo había realizado el papel de una adolescente de 14 años en "Una astucia de Abascal", oportunidad en que los integrantes del recién formado Instituto Nacional de Artes Dramáticas -una agrupación de efímera existencia- descubrieron su habilidad para la actuación.

Pero nada se compara con la experiencia de esa noche en que Sancho le dio un texto y ella, con sorprendente velocidad, lo leyó y lo fijó en su memoria, de manera que no lo repitió, lo actuó.

"En ese momento me dije: Este es mi hábitat natural y

quiero estar aquí para el resto de mi vida. Hasta recuerdo cómo andaba, con un vestido rojo que había traído de Buenos Aires", dice con solemne tono de voz, como si estuviera invadida otra vez por la impresión de esa noche.

A finales de ese año, hizo su primera obra de teatro profesional. "El luto robado", de Alberto Cañas, con el grupo Las Mascaras. Y su carrera artística continuó dando pasos gigantes.

La consagración

Más no fue sino hasta 1965 que su "pequeña familia", como llama ella a quienes fueron sus parientes políticos, se convenció de sus marcadas habilidades teatrales.

Haydée había viajado a México con su entonces esposo para que éste hiciera su especialización en inmunología y estando ahí, se contactó con el destacado director japonés Seki Sano.

Obtuvo el papel protagónico en la obra "El décimo hombre" de Paddy Chayefsky, y los elogios y alabanzas que le conferieron las críticas de revistas y diarios mexicanos la consagraron como actriz en esa nación. "Dimos 25 funcio-

nes a teatro repleto". "De hecho, tuve la oportunidad de entrar al teatro de México por la puerta grande pues Manolo Fábregas llegó a buscarme", recuerda apesadumbrada. Con pesar y rabia rechazó la oferta para regresar a Costa Rica con su marido, y sus hijos, Mariana y Alejandro.

Al mirar hacia atrás para analizar su trayectoria artística, lamenta la censura que fue objeto tantas veces por parte de la gente que componía el ambiente familiar y social en que giraba.

"Pienso que lo que no se conoce, se reprueba. No se acepta fácilmente a alguien que se saiga de las estructuras tradicionales. Fue mi vida en el teatro la que ocasionó los problemas, pues no fui comprendida ni aceptada. Quizá se me aplaudía, pero no se me aceptaba pues la vida de un artista se liga con una vida disipada y bohemia.

"Yo como actriz, debo entregarle la vida entera al personaje que interpretó. Mi vida privada es una cosa y mi trabajo es otra."

En 1981 presentó un espacio de noticias en Canal 4 y fue, además, guionista, directora y productora de programas de radio y televisión. Pero ninguna de sus actividades labo-

rales anteriores causó tantos roces como su trabajo en el escenario.

Experiencia en Cuba

No obstante, se ha sobrepuesto a toda clase de dificultades y sus experiencias como protagonista de obras teatrales ascienden casi al medio centenar.

El mes pasado viajó con un intercambio a Cuba, donde asistió a un Festival del Monólogo en que participaron cantidad de jóvenes actores y actrices.

"Fue algo muy provechoso pues tuve la oportunidad de ver teatro de muy alta calidad y gran despliegue imaginativo", comenta, al detallar que ella no dio una función pues hubo algunos problemas técnicos en el teatro.

De Lev a la sazón simpáticas anécdotas de sus tres décadas de vida en las tablas. Recuerda que mientras preparaban la obra "Comedia negra", dirigida por Carlos Catania, su tercera hija, Irene, era una niña de brazos y con alguna frecuencia la llevaba a los ensayos.

El profesor Guido Sáenz, quien era integrante del grupo Arlequín, iba a ver las actuaciones y, más de una vez, le mi-

no cuidando a la bebe mientras su madre ensayaba.

También rememora con fuertes risas la vez en que, durante la presentación de "Divinas palabras", se le desprendió por accidente la peluca, la cual quedó colgando de una prenda de pelo.

"No tenía posibilidad de ir dentro a ajustármela y tuve que pasar toda la obra sosteniéndome la peluca con una mano. Lo peor fue que aquella era una escena de gran violencia en que yo me desvestía hasta la cintura; imagíneme haciendo todos los gestos y quitándome las prendas con una sola mano. Luego, el hombre me tiraba al suelo, me pateaba, me tiraba piedras. Y yo disimulando, con alguna de las dos manos sobre la cabeza."

Más, pese a las "chispas del oficio" y las muestras de censura, las satisfacciones que le ha deparado el teatro son abundantes.

Hoy domingo a las 7 de la noche, su casa de habitación será nuevamente festivo de un trascendente acontecimiento. Haydée recibirá, durante una sesión solemne, la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén de los Caballeros y Damas de Malta no sólo por sus méritos como actriz, sino por la labor que ha realizado a lo largo de su vida.

Con la expresividad que la caracteriza, De Lev asegura que éste reconocimiento tiene para ella especial significado. "Cuando me informaron de esto, hace unos días, me invadió una emoción indescriptible, es un honor que me tiene extasiada".



En cualquier rincón del Teatro Nacional se siente la diva como en casa.

Viene de la Pág. 11

cuales decidieron casarse.

Haydée tenía 21 años, vivió cuatro más en Buenos Aires y se trasladó luego

a Costa Rica para continuar aquí su vida de matrimonio y empezar la construcción de un camino propio.

Desde suelo tico, extrañó muchas veces la casa que quedó atrás, una casa

donde hubo siempre amplia libertad, dentro de las costumbres de la época. "Confíaban mucho en nosotros pero, por ejemplo, no podíamos regresar después de las 8 de la noche", relató.

Empapado de los valores del judaísmo, el suyo fue un hogar donde prevalecieron el amor filial y la honestidad. "Mamá era creyente y algo practicante, pero papá no era creyente aunque se decía judío".

A tono con esa forma de pensar, Haydée De Lev -nombre que conservó después de su divorcio con el Dr. Lev exclusivamente por razones artísticas- admitió no ser judía practicante pero sí una auténtica creyente convencida de que "para mi comunicación con Dios, no necesito de un lugar específico".

Trajo al mundo cuatro hijos y cada uno significa algo especial y diferente para ella.

"Mariana, la mayor, siempre fue luz para mí. Tiene una manera particular de iluminar mi vida. Además, debido a su calidad humana, inteligencia y personalidad, he establecido con ella una estu-penda relación de mujer a mujer, aparte de la relación madre-hija.

"Alejandro es el único varón y un connotado cirujano plástico. Su prodigiosa mano tiene mucho que ver con mi aspecto actual, la forma en que hoy luzco.

"Irene, la tercera, posee un enorme potencial artístico que decidió canalizar hacia la publicidad, y Esther, la menor, es una preciosa adolescente y estudiante de cuarto año en la Escuela Británica."

De Lev completó de inmediato esta lista nombrando a Patricia, la esposa de Alejandro, a quien llama su "cuertijita" y considera una "hija de regale".

Su casa de muchos niveles, coloridas flores, cuadros de cerámica propios, y diminutos detalles que delatan la mano femenina, está hoy habitada por la artista, sus dos últimas hijas, Lourdes (o "Nayfi") -una muchacha nicaragüense quien trabaja allí desde hace tres años- y el hijo de ésta.

Es indispensable mencionar a la única

mascota, "Suki", una perrita de raza pú- queines con 16 años sobre el lomo.

Ajetreo permanente

Cuando llegan de visita sus nietos, Carolina, Eduardo y Adrián, la vivienda se convierte en un bullicioso rincón de juegos infantiles e imprevistas ilusiones.

Pero aún sin ellos, el movimiento allí es cosa permanente. Haydée debe despojarse a diario de su "personalidad escénica" para efectuar la mayoría de los mandados. "A veces me siento como chofer de taxi", reconoció.

Las clases de dición, que ahora imparte en una salita de su casa especialmente diseñada para ello, la mantienen ocupada un día a la semana durante varias horas. Actualmente, tiene de alumnos a un grupo de funcionarios de la Compañía Nacional de Fuerza y Luz.

En la actualidad, la tajada más grande de su agenda la ocupan los ensayos para su próximo espectáculo, un proyecto que venía cosquilleándola desde hacía mucho tiempo y que finalmente empezó a montar en marzo pasado.

Cuando se inaugure este *café concert*, el próximo 23 de abril en el hotel Cariari, el tango -que De Lev aprendió a bailar con sus padres- se hará presente en todo su esplendor.

"Y tan tango", un *show* escrito por la misma De Lev con base en el libro de Leopoldo Barrionuevo "Cien años del tango" y otras fuentes, combinará canciones, baile, poesía e historia.

La actriz naturalizada costarricense subirá al escenario acompañada de Cecilia Casas -un argentino-entarricense, como ella- y José Valotta.

Cuando concluyen sus cuatro o cinco horas diarias de estudio -hay excepciones, pues ciertos días no puede dedicarle

al espectáculo ni un minuto-, la diva retoma su lectura nocturna o pile sus planes formales de reanudar el trabajo de escultura y cerámica, que considera no un pasatiempo, sino una valiosa forma de expresión.

Lo cierto es que cualquier actividad que realice, tiene mejor sabor en su residencia, donde vive desde hace un cuarto de siglo. "Esta casa significa hogar, es el nido que nunca se termina de abandonar. Aquí vienen los hijos y los amigos, aquí me realizo como maestra, aquí col-

oco un recuerdo de cada viaje que llevo a cabo, aquí vivo de manera particular el teatro."

"¿Sus planes para el futuro? "Sólo "Y tan tango", porque desde hace mucho tiempo, dejé de hacer planes a largo plazo".

La protagonista de "Divinas palabras" y "Cartas de Amor a una monja portuguesa" prefiere invocar la inspiración desde la quietud de su dormitorio. Allí, en un pequeño escritorio de curioso diseño, crea y sueña.



El Coliseo la recibió el jueves pasado para servir de escenario a una secuencia especial de fotografías.

En 46 ocasiones ha tenido Haydée De Lev el privilegio de hacer el papel protagonista en una obra de teatro. Cuando le preguntan cuál de ellas ha sido la mejor, su respuesta es siempre la misma: "Todas son importantes y de cada una tengo algún recuerdo gracioso".

Sin embargo, accedió a confesarnos los nombres de ciertas obras que, por alguna razón, tienen para ella especial significado.

"El luto robado" de Alberto Cañas. Dirección de José Tassies. Costa Rica, 1962.

"El décimo hombre" de Paddy Chayefsky. Dirección de Seki Sano. México, 1965. (De Lev considera que esta obra la consagró como actriz y le abrió las puertas del teatro mexicano).

"Gobierno de alcoba" de Samuel Rovinski. Dirección de Daniel Gallegos. Costa Rica, 1967. (Esta es una de las tantas obras protagonizadas por De Lev a las Gallegos imprimió su inconfundible sello de director).

"Dos en un subibaja" de William Gibson. Dirección de Carlos Catania. Costa Rica, 1969. ("Con esta, fui la comedia de los días mal pensados de este país", asegura Haydée, tras explicar que era la primera vez que representaba escenas de amor en vivo).

"La segua" de Alberto Cañas. Dirección de Lenín Garrido. Costa Rica, 1971. (Con ésta obtuvo el premio a la mejor actriz de Centroamérica en 1971).

"El efecto de los rayos gamma sobre las flores atómicas" de Paul Zindel. Dirección de Jean Mouleart. Costa Rica, 1975. (Obtuvo el premio a la mejor actriz nacional en 1975).

"El diario de Ana Frank" de Goodrich y Hackett. Dirección de Oscar Fessler. Costa Rica, 1977.

"Cartas de amor de una monja portuguesa" de sor Mariana de Alcoforado. Dirección de Mariano González. 1982, 1983 y 1984. (De Lev considera esta obra como "la de la proyección internacional" ya que no sólo se presentó en Costa Rica, sino también en Panamá, Venezuela y México).

"Punto de referencia" de Daniel Gallegos. Dirección de Daniel Gallegos. Costa Rica, 1983.

"Emily" de William Luce. Dirección de Daniel Gallegos. 1988 y 1989. (Nuevamente viajó a México, Guatemala y Brasil en ésta del teatro).

"Shirley Valentine" de Wily Russell. Dirección de Daniel Gallegos. Costa Rica y Panamá, 1992. ("Valoró mucho esta obra por lo que significa para mí como mujer y como actriz", asevera).